

Efectos de agenda II. Espacios mentales

Figuraciones Nº 1, Revista del IUNA
(Instituto Universitario Nacional de Arte)
Asunto impreso, Ed. 2003

Reseña: María Elena Bitonte
Facultad de Ciencias Sociales
Ciencias de la Comunicación
Mariabitonte@hotmail.com

Efectos de agenda II

Bajo la aparente forma de una deriva biográfica a través de los espacios más íntimos de la vida cotidiana, *Efectos de agenda II. Espacios mentales*, pone en acto y aún podría decir, acentuando la dimensión lúdica del texto, pone en juego, una renovada aproximación semiótica a los modos del ser y el conocer. Impresiona la plasticidad del texto, cómo la divulgación científica, el ejercicio crítico y la confianza se amasan como una tarta de manzana.

En un gesto posmoderno que consiste en la simulación de abrir al público lo que es privado, Verón convierte la costumbre romántica del diario íntimo o el cuaderno de notas, en una moderna agenda. Pero, tal como lo observaba George Simmel, lo asombroso de la aventura es la experiencia de que lo fragmentario y disperso de la trivialidad cotidiana pudiera producir algún sentido.

Verón se aparta del estilo académico (duro) que caracterizó sus primeras producciones teóricas y despliega una escritura de un exquisito refinamiento, que no elude los resquicios más íntimos de la subjetividad, para abordar simultáneamente reflexiones tales como las transformaciones de la experiencia de la recepción a partir de los cambios tecnológicos, el rol social de los medios en las democracias, los productos y los géneros de consumo, el saber y el conocimiento.

La actualidad, e incluso el carácter anticipatorio de la agenda se observa en distintas páginas, pero especialmente la del viernes 1 de junio de 2001, que cierra el libro. Allí, retoma la investigación sobre la historia de los medios que hace Robert Darnton, quien describe el funcionamiento de los circuitos de la información social en tiempos de extrema censura. De él toma esta cita en la que resume los tópicos de las *nouvelles* de la Francia pre-revolucionaria: “la corte se hunde cada vez más profundamente en la depravación: los ministros están siempre traicionando al rey, el rey fracasa siempre en su papel de cabeza del

Estado, el poder del Estado es siempre objeto de abuso, y la gente común está siempre pagando el precio de las injusticias que padece: impuestos más altos, sufrimientos cada vez mayores, descontento cada vez más intenso, creciente impotencia ante un gobierno arbitrario y todopoderoso”.

Ahora bien, parece haber al menos, dos formas de leer este libro. Por un lado, como una amena biografía intelectual, aproximación que de alguna manera el autor, siempre afecto a las furtivas confesiones íntimas, autoriza. En efecto, estas aparecen aún en sus escritos más científicos. Tal es el caso de su célebre “yo, por ejemplo, soy tímido” de *Cuerpo y metacuerpo en democracia audiovisual*, siempre vivo en el recuerdo de los alumnos de Ciencias de la Comunicación; o la imagen que presenta de sí mismo hurgando en la biblioteca de los amigos para espiar qué habían subrayado de sus libros, en *Esto no es un libro*. Pero por otro lado, *Efectos de agenda* puede leerse como un dato acerca de los avatares de un lector atravesando el umbral del siglo XX.

En efecto, es interesante observar no sólo cómo los azarosos trayectos de lectura que propone *Efectos de agenda II*, conducen en ocasiones a formulaciones teóricas relevantes, a la crítica de las producciones de los medios de comunicación social o a la postulación de una teoría del conocimiento, sino además cómo esas inexplicables recorridos de lectura resultan un material concreto para un estudio de la recepción a fin de siglo. El desafío que propone explícitamente el capítulo final –como última chance de resignificación, en el caso de que uno lo hubiera interpretado de otra manera- es precisamente, leerlo en este sentido.

Así, Verón nos enfrenta con nuestra propia experiencia como lectores en la sociedad contemporánea. Trayectorias casuales, fragmentarias y desorganizadas de materiales mediáticos que sin embargo responden a algún orden secreto, en este caso, al orden silencioso de la secuencia cronológica que impone la agenda. Esa es la metáfora que ilustra su renovada concepción del conocimiento como configuración de espacios mentales.

María Bitonte